

no divertiría á ninguno de la comparsa de arlequines que exhalan la doble asfixia del lujo y de la miseria en la espesa atmósfera de nuestros salones de baile.

Sé todo esto, y por eso me propongo referir la historia de los que viven en religion sometidos á una disciplina absoluta, y dando ejemplo de una abnegacion sin límites; y lo hago con el intento de merecer de esta suerte la gran felicidad y la gran honra de perder mi nombre en el oleaje de los ódios, que aullando estienden la gloria de este título que horroriza á los enemigos de Dios, porque contiene el nombre de Dios: ¡JESUITAS!

EL PRIMER VOTO.

Antes de amanecer el día de la Asuncion del año 1534, un cojo que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendía por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestía el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida, pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenía otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda nueva pasada por encima de su viejísima capa sostenía un morral de tela, arma escelente para andar de noche por París, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltean á los mendigos.

En el momento que costeaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reló de la Santa Capilla.

Aquel torció los ojos hácia lo alto del Sena,

poblado de casas negras, y saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la aproximación del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad á lo largo de las callejuelas intrincadas á manera de una red que envuelven los mercados, nuestro estudiante, con su morral, no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle del Mallo; en la calle nueva de San Eustaquio se edificaron poco tiempo despues las primeras casas sobre el camino de la ronda exterior, cuya tortuosa direccion conserva.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿dónde va Vd? El cojo le respondió: Voy á la capilla del Santo Mártir á celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

La capilla del Santo Mártir, situada muy por bajo de la iglesia parroquial de Montmartre, y cuya cripta existe todavia en la cuesta de la calle de María Antonieta, ocupaba el mismo sitio del altar de Marte donde San Dionisio, patrono de París, fué conducido y mar-

tirizado con sus compañeros Rústico y Eleuterio, el 9 de Octubre de 272, por no haber querido sacrificar en el templo de Mercurio, dios de los ladrones, los mercadores y otro linaje de hombres, cuyo calificativo en ninguna lengua se escribe.

El guarda dijo: tiempo de sobra le queda á usted hasta la hora de la primera Misa. Tome usted á la derecha por la vereda de los Poissonniers, pues el otro camino más ancho está atajado por los trabajadores de las aguas de Porcherons.

El arroyo de Menilmontant ó de Porcherons, que ahora corre por bajo de tierra, cortaba el gran camino de Montmartre á la altura de nuestra calle de Provenza. Casi se secaba en verano, y sus aguas corrompidas ocasionaban pestilencias. El cojo tomó la vereda de los Poissonniers atravesando aquellos bosquecillos en los cuales debia establecer el siglo XVIII toda una ciudad de figones filosóficos bajo el nombre de la Nueva Francia, y llegó á Montmartre del lado de Oriente por los campos que se estendian entre la aldea de la Capilla de San Dionisio y el lugarejo de Clignancourt, en el punto llamado Fontanelle, y tambien la Gota

de agua, que el pueblo ha dado en llamar la Gota de Oro.

El crepúsculo de la mañana no se veía aún, pero la luna inclinada al horizonte dejaba caer en la campiña sus ténues resplandores, proyectando en ella la flecha de la abadía edificada por Suger, que se ostentaba en la llanura delante de las negras colinas de Montmorency, y en frente de las cuatro torres redondas de la noble casa de Saint-Ouen, cuya campana sonaba echada á vuelo porque sus dueños los Caballeros de la Estrella, instituidos en 1351 por el rey Juan, tenían obligación de celebrar asamblea plena en este día 15 de Agosto desde la hora de prima hasta el día siguiente despues de las vísperas.

Nuestro cojo, aunque á la sazón llevaba morral, habia sido tambien caballero anteriormente, si bien hacia bastante tiempo que vivia de una manera humilde lejos de las glorias del mundo, y no era á él á quien llamaban las campanas de la Noble Casa. Él estaba destinado á fundar una órden caballeresca más ilustre que la del rey Juan.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmartre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar á lo alto ocupado por el cementerio detrás de la iglesia parroquial, en el lugar donde se escavan ahora los cimientos de la basílica ofrecida al Corazon de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: Soy el primero en acudir á la cita.

Y se puso á descansar, no sentado ó recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta; solo el viento de las noches de estío pasaba dulce y sereno. Aún dormía la aldea de Montmartre, que derramaba sus primeras casas á derecha é izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio sino algunos bultos negros é inmóviles: piedras quizá como aquellas de que están sembrados los campos druídicos.

Sonaron las cuatro en el reló de la iglesia, y en seguida el repique de la abadía llamó al oficio de maitines.

Entónces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, despues dos, despues todos. Eran seis, y levantándose á su vez el estu-

diente cojo, exclamó: bendito sea Dios, creíame el primero, y he sido el último.

Al levantarse el sol iluminó á aquellos jóvenes que rodeaban á nuestro estudiante, el cual era de más edad que ellos y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Desde ahora, no podremos ya designarle con el título de estudiante, pues todos los demás, excepto uno que era Sacerdote, vestían como él el traje de su pequeña familia escolar, que seguía sus estudios en la Universidad de París.

Solo el Sacerdote parecía hijo de Francia; los otros, incluso el cojo, mostraban en su morena tez el sello de la raza española, que á la sazón partía con nosotros el imperio del mundo. Carlos V era emperador: Francisco I rey. Colon acababa de descubrir una mitad desconocida de la tierra.

En Roma, Alejandro Farnesio, bajo el nombre de Paulo III, sucedía á Leon X sobre el trono de San Pedro.

En este año de 1534 contaba Lutero cin-

cuenta años, Calvino treinta y tres, y el cojo, cuyo morral, siendo ya de día, dejaba ver á través de su tela negros pedazos de pan recogidos mendigando, frisaba en los cuarenta y siete años.

¿Por qué recordar la edad de este pobre juntamente con la edad de Lutero y la de Calvino? Porque este pobre fué él solo más grande y fecundo en el bien que Lutero y Calvino reunidos fueron fecundos en el mal.

Llamábase Ignacio de Loyola.

Había sido soldado y conocíasele: la traza de su valor indomable resplandecía á través de la humildad de su conversion.

Pero también era un pensador, y su despedada frente tenía la clara extension de las cabezas predestinadas.

Notábase algo del águila en su actitud, cuyas líneas enérgicas reflejaban como con dificultad la inmensa dulzura que ayudado de Dios había hecho entrar en su corazón todo lleno de guerrera saña el día que fué tocado por la gracia. Aunque su semblante tenía un carácter de generosa elevacion, era en sus ojos sobre todo donde brillaba la belleza de su alma: su mirada inspiraba respeto y atraía al

mismo tiempo, porque ostentaba á la par el poder y la ternura.

Habian trascurrido trece años desde el sangriento sitio de Pamplona, donde se encontró vencido en su victoria despues de la refriega de doce horas, que pasó rugiendo y batiéndose como un leon.

Estos Loyola, señores de Oñés, eran de raza cántabra y duros en el combate como el acero de sus espadas. Ignacio, lucido capitán, antiguo paje del rey Fernando, jóven, ambicioso, altivo y amado, hallábase bajo la mano de Dios que le tenia enclavado sobre el lecho desde donde podia oír el ruido de las batallas. Dicese que pidió á los que le asistian libros de caballería para engañar sus penas; y le dieron las historias de algunos mártires, entre otras, las actas del glorioso Rey de todos los mártires: *La Pasion de Nuestro Señor*.

Corre en Guipúzcoa la tradicion de que Ignacio se hallaba por aquel entonces rendido del amor á una doncella hermosa y rica, cuya mano le estaba prometida. Cuando hubo acabado de leer la Pasion, referida por el Apóstol San Juan, arrancó de su corazon la imágen de aquella persona tan querida, y poniendo sus

lábios sobre una medalla de María, Madre de Dios, hizo voto de dedicar su alma al servicio de la fé, y su cuerpo á la castidad, diciendo: «Héme aquí caballero del grande amor y soldado de la única gloria verdadera.»

La vida de los Santos no ha de tomarse siempre como modelo que seguir puntualmente en el mundo. Cada estado requiere su santidad propia. Los Santos que renuncian á todo, son los obreros de Dios, y á Dios deben por completo su trabajo. Los que viven en el mundo, tambien están obligados á cumplir su deber para con Dios, pero sin descuidar los que tienen para con el mundo.

No queriendo Ignacio ser de estos últimos, abandonó el mundo haciéndose obrero solo de Dios mucho tiempo antes de ligarse por medio de una promesa pública y solemne. Entregóse desde luego á la miseria voluntaria dando á los pobres todos sus bienes, y en el mayor aislamiento rompió sus lazos más queridos. Fué esta como la ceremonia de la *vela de armas*, pues no ha de perderse de vista, que emprendia un apostolado caballeresco.

Enviando un adios á la gloria de las batallas, que era su vocacion y su pasion, al amor de su prometida, á la noble casa de sus padres, á sus amigos queridos y á su familia que tanto amaba, partió con los ojos anegados en llanto, pero firme el corazon.

En el camino entregó todavía á los pobres, no ya la mitad de su capa como San Martin, apóstol de la caridad, sino la capa entera, sus vestidos y su caballo. Por lo que hace á su espada, objeto del último sacrificio, no la dejó sino para suspenderla de una columna en el monasterio de Monserrat, término de su peregrinacion, situado en Cataluña cerca de Manresa.

Hizo en este monasterio su confesion general, que duró tres dias, despues de los cuales, vestido de un saco, retiróse á la célebre gruta donde tuvo sus primeros extásis y revelaciones en los intervalos de los viajes que hacia muy lejos y á pié, á pesar de su herida mal curada, para mendigar el pan que destinaba á los pobres.

Allí vió en germen sus *ejercicios espirituales* y el plan de sus *Constituciones*, es decir, la obra entera de su grandiosa vida.

Vió tambien otra cosa: la necesidad de saber para enseñar la verdad y combatir el error.

Pero antes de ir el glorioso capitán de ayer á sentarse en los bancos de la escuela entre los niños, quiso templar la sed que le abrasaba de besar el Santo Sepulcro del Salvador. Solo, á pié, sin dinero, sale á la ventura de Dios, obtiene por caridad pasaje en un buque de Barcelona, y llega á Roma, donde luego que besa los piés del Padre Santo Adriano IV, vuelve á tomar su bordon, atraviesa á Italia pidiendo limosna, y se embarca en Venecia en una galera que lo deja en la isla de Chipre.

De aquí gana á Jaffa y por último la Ciudad Santa, despues de un viaje que duró cerca de un año. A no ser por un dichoso obstáculo que le suscitó la Providencia, hubiérase desvanecido aquí todo el porvenir de su mision; pues le retenia con lazos tan fuertes la tierra que Jesús holló con sus divinos piés, que resolvió vivir y morir en ella; pero el delegado de la Santa Sede, que gozaba de autoridad sobre los peregrinos, le ordenó que tornara á Europa, é Ignacio obedeció, no sin regar antes una vez más con sus lágrimas las huellas de los piés del Redentor estampadas

sobre Dejebel-Tor en la hora bendita de su Ascension.

Siete meses despues entraba como alumno en la clase más elemental de la Universidad de Barcelona. Perseguido por el milagro de su piedad que atribuyeron á hechicería, apisionado repetidas veces, arrojado con desprecio de Barcelona á Salamanca, de Salamanca á Alcalá, y no oponiendo nunca á la injusticia otra cosa que la resignacion y el silencio, salió por último de España para encaminarse á París, cuya Universidad era de las primeras del mundo.

Quando llegó á Francia en los primeros meses de 1528, Ignacio, nacido en 1491, contaba treinta y seis años. Tuvo el valor de comenzar de nuevo el estudio de las humanidades en el colegio de Montaigu, luego en Santa Bárbara, y á pesar de las dificultades que sus prácticas piadosas, lo largo de sus meditaciones y el apostolado que ensayaba ya, oponian á sus estudios elementales, hizo algunos progresos; mas la persecucion le seguía á través de los Pirineos.

Sucedió que su maestro de Santa Bárbara, Juan de la Peña, le acusó, no ya de hechicero, como fué acusado en España, sino de entretener á los estudiantes con místicas locuras que divertian su mente del estudio, condenándole por esto á ser azotado en público.

Ignacio se sometió con tal humildad, que maravillado el rector de su colegio quiso él mismo interrogarle.

Prestóse Ignacio al interrogatorio como había aceptado el castigo, y cundió el rumor de que iba á presenciarse una gran paliza.

La perfeccion de su vida le hacia aborrecible á los estudiantes, los cuales recibieron la noticia como el anuncio de una fiesta. Una muchedumbre le esperaba en la gran sala donde debia verificarse el castigo, y mostraba su impaciencia como los espectadores que aguardan en el teatro que se levante el telon, cuando se vió aparecer al superior del colegio.

Conducia ó más bien arrastraba á Ignacio por la mano, y así atravesó por entre las hileras de crueles espectadores.

Seguíale el que parecia sentenciado, pálido y con la vista fija en el suelo.

Al llegar al centro de la sala se detuvo el

rector del colegio, y todos advirtieron con asombro que tenia los ojos llenos de lágrimas. Permaneció inmóvil un instante, indeciso y como dominado por su emoci6n; mas de repente, estrechando á Ignacio contra su pecho (otros dicen que se puso de rodillas), exclamó: «No solamente se ha dejado acusar sin motivo y sin quejarse, sino que se disponia á sufrir con gozo, en recompensa del bien que hace, el oprobio de un suplicio injusto. He admirado la conciencia de un Santo y os lo presento.»

Hasta entonces los ménos malos entre los compañeros de Ignacio habian puesto en ridículo su ardor en ganar almas para Cristo; juzgaban que no podia haberse encomendado la misi6n de director de las conciencias á este extranjero que vivia de la caridad de los transeúntes, y que envejeceria antes de alcanzar grado ninguno en las ciencias ó en las letras; pero cambiaron de opini6n despues del incidente que acabamos de referir: muchos corazones se le rindieron.

Ignacio á nadie rechazó, pero eran muy raros á los que dispensaba su confianza. Y no lo extrañeis; era una verdadera elecci6n lo que

llevaba á cabo con su recogimiento: escogia á los que debian ser *Jesuitas*.

El primer elegido fué un jóven de alma sencilla y tierna, llamado Pedro Lefevre, venido tambien en peregrinaci6n desde Saboya para recibir las Órdenes y renombrado ya por su saber. Ignacio se hizo á la vez su maestro y su discípulo: su maestro en la fé, su discípulo en los estudios, logrando, merced á su poderosa ayuda, que las dificultades de la Escolástica se esclarecieran pronto para él. De esta suerte pasó á maestro en artes y pudo al fin entrar en la clase de teología.

El lazo de la amistad más íntima unia á Lefevre con un estudiante de su edad, Francisco Javier, miembro de una familia noble, pero pobrísima, de Navarra; de corazon ardiente, admirable elocuencia y espíritu vivo, mas completamente entregado á las ambiciones de la tierra. Ignacio puso empeño en convertirlo, y los discursos que le atribuyen los historiadores, parecen como descendidos de las alturas evangélicas. «Javier, ¿qué te importa ganar el universo si pierdes tu alma? Si no hubiese otra vida que la presente ni otra gloria que la del mundo, tendrías razon para no

pensar en otra cosa que en elevarte en medio de los hombres; pero si hay una eternidad, ¿cómo piensas en limitar á eso tus deseos? ¿cómo prefieres esto que pasa, á aquello que no concluirá jamás?»

Costó trabajo á Ignacio conquistar esta alma; pero fué su más bella conquista.

Ni Lefevre ni Javier sabian todavía que estaban destinados á ser capitanes de un ejército que no tenia soldados. Los proyectos de Ignacio hasta aquel momento no los conocia más que Dios.

Los reclutas tercero y cuarto llegaron juntos de España con propósito de buscar á Ignacio, que huía de la fama, pero á quien la fama perseguia. Diego Laynez y Antonio Salmeron, este último salido apenas de la infancia, fueron recibidos con los brazos abiertos. El maestro descubrió á primera vista que brillaba en sus frentes el rayo del genio.

Por último, vinieron luego Alfonso, de la aldea de Bobadilla, y el portugués Rodriguez Acevedo.

Todos seis eran pobres, hasta el punto de vivir de limosna, excepto Javier, que cursaba la filosofía. Pero Ignacio, padre ya de esta

familia, pedia para sus hijos. Nunca les dejó traslucir sus proyectos, y sin embargo, esperaban grandes cosas de él.

Lefevre se ordenó de Sacerdote.

Poco tiempo despues parecia que Ignacio buscaba el apartamiento y la soledad como para recojerse más en sus meditaciones. Sin hablar palabra, una corriente de ideas iba y venia de él á sus discípulos, que no osaban interrogarle. Un dia, sin embargo, le preguntó Javier: ¿Nada teneis que decirnos? Ignacio, con los ojos anegados en lágrimas, le abrazó, pero sin responderle nada.

El 13 de Agosto de 1534, antevíspera de la Asuncion, mandó á todos ayunar y confesar al dia siguiente; luego, habiéndolo encargado á Lefevre que fuese con tiempo á la abadía para hacer los preparativos de una Misa que la mañana del 15 debia celebrar en la cripta del Santo Mártir, añadió: «Halláos todos antes del amanecer en la cumbre de Montmartre en el campo que se extiende detrás de la iglesia bajo el cementerio. Yo estaré allí, y os hablaré.»

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita, eran Pedro Lefevre, Sacerdote; Francisco Javier, Diego Laynez, Antonio Salmeron, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simon Rodriguez Acevedo, estudiantes. Todos debian tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefevre, tenia 24 años; el más joven, Salmeron, llegaba apenas á los 18.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo. Rodeábanles los grandes recuerdos del Apóstol de las Gálias en aquel monte donde el Dios vivo habia reemplazado á los muertos dioses del paganismo sepultados debajo de la tierra. Los rayos del sol que se levantaba, teñian de oro á lo lejos la flecha real de San Dionisio, y más cerca acariciaban la humilde iglesia de Montmartre, templo un dia de Mercurio, purificada y bautizada ahora con la sangre de los mártires.

En el horizonte que se veia reinaba la soledad. El despertar de París envuelto en una bruma, no producía otros rumores que las voces de sus campanas pregonando y recordando la dulce gloria de María, Madre de Jesús, así á los que la aman, como á los que dejan endurecer sus corazones con el olvido de su nombre.

En aquel entonces París distaba bastante de Montmartre; sin embargo, creíasele ya muy grande, y no era en medio de la vasta llanura más que un grupo grande de casas apiñadas confusamente al rededor de las negras torres de la magnífica catedral.

Remataba al Oriente en los jardines de San Pablo á larga distancia de la Bastilla, que con sus torres apareadas á manera de ruedas, parecía un pesado carro caminando hácia la fortaleza de Vincennes; al Occidente terminaba en el Louvre; por el lado del Mediodía con la cerca de San German de los Prados, y por el Norte á algunos centenares de pasos de San Eustaquio; nada hacia presumir que debiera romper muy pronto su almenado recinto para inundar las afueras.

Todo esto se veia cubierto por una niebla, la niebla de París, un aliento debajo del cual bri-

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita, eran Pedro Lefevre, Sacerdote; Francisco Javier, Diego Laynez, Antonio Salmeron, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simon Rodriguez Acevedo, estudiantes. Todos debian tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefevre, tenia 24 años; el más joven, Salmeron, llegaba apenas á los 18.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo. Rodeábanles los grandes recuerdos del Apóstol de las Gálias en aquel monte donde el Dios vivo habia reemplazado á los muertos dioses del paganismo sepultados debajo de la tierra. Los rayos del sol que se levantaba, teñian de oro á lo lejos la flecha real de San Dionisio, y más cerca acariciaban la humilde iglesia de Montmartre, templo un dia de Mercurio, purificada y bautizada ahora con la sangre de los mártires.

En el horizonte que se veia reinaba la soledad. El despertar de París envuelto en una bruma, no producía otros rumores que las voces de sus campanas pregonando y recordando la dulce gloria de María, Madre de Jesús, así á los que la aman, como á los que dejan endurecer sus corazones con el olvido de su nombre.

En aquel entonces París distaba bastante de Montmartre; sin embargo, creíasele ya muy grande, y no era en medio de la vasta llanura más que un grupo grande de casas apiñadas confusamente al rededor de las negras torres de la magnífica catedral.

Remataba al Oriente en los jardines de San Pablo á larga distancia de la Bastilla, que con sus torres apareadas á manera de ruedas, parecia un pesado carro caminando hácia la fortaleza de Vincennes; al Occidente terminaba en el Louvre; por el lado del Mediodía con la cerca de San German de los Prados, y por el Norte á algunos centenares de pasos de San Eustaquio; nada hacia presumir que debiera romper muy pronto su almenado recinto para inundar las afueras.

Todo esto se veia cubierto por una niebla, la niebla de París, un aliento debajo del cual bri-

llaban débilmente las cruces doradas de las iglesias, recibiendo á través del velo un misterioso beso de luz.

Reinaba la calma, pero no sé qué oculta inquietud se escapaba de este reposo.

Ignacio habla: no hay duda, debe hablar; ¿qué va á decir?

Los que quieran escuchar pueden oír todavía su palabra á pesar del tiempo transcurrido. En su obra resplandece y sus escritos la han inmortalizado.

Cambiado que hubo con sus compañeros el cristiano saludo, meditó y comenzó á esponer su pensamiento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y entonces las vidrieras de la iglesia abrieron paso al dulce cántico de las vírgenes en clausura que entonaban alabanzas al Señor.

«Hermanos é hijos míos, pudo decir, estareis impacientes porque desde hace días aguardais algo de mí, pero también yo vengo esperando con paciencia hace catorce años. Catorce años há que levanté mis ojos al cielo y los

bajé hácia el siglo, investigando lo que el cielo prepara al siglo y lo que el siglo medita contra el cielo.

»La edad presente será muy famosa en la historia. Paz á aquellos cuyos nombres no resonarán en medio de este estrépito. Todos los nuestros quedarán escritos allí, (señalando al cielo) los de algunos con su sangre.....

»Selim y Soliman, uno despues de otro, han amenazado á Europa: la Media Luna impera en Rodas, donde no flota ya el estandarte de Jerusalem. Hemos visto á los cristianos hacer votos por el triunfo de los turcos; vemos á los reyes conspirando para la ruina de sus tronos, y en medio del asombro causado por estos hechos que confunden á la razon, una voz se ha levantado en Roma denunciando la corrupcion en el claustro y la mentira á la sombra del altar. ¿De qué podremos ya maravillarnos mientras vivamos? ¿Dónde se detendrá el castigo? ¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Quién comprende el lenguaje de su ira?

»..... Hé ahí al apóstata Lutero, génio embrutecido, espíritu esclavo, arrastrado por el sensualismo, con el desenfreno de un ogro, la

barbarie del toro y la crueldad del lobo; profunda vergüenza, pero leccion elocuentísima, para enseñar al mundo que la herejía no es la razón sublevada, sino la insurreccion de la carne.

»A su voz la codiciosa Alemania ha saltado precipitándose en el sacrilegio, el robo y el asesinato. Los príncipes marchan á la cabeza del pueblo amotinado que pisoteará un dia las coronas. Robando las catedrales, le enseñan cómo se destruyen los palacios. No dejará de aprovechar la leccion.

»El infierno triunfa insolente, es la orgía de la bestia humana que acusa de impúdica á la Santísima Virgen y de mentira al verdadero Dios; esos hombres suprimen la Misa, es decir, á Jesús, ellos que se apellidan cristianos y aún más que cristianos: pretendiendo reformar el Cristianismo, arrojan de su altar al suelo á Cristo insultado y á su Madre ultrajada.

»Hélos ahí á los *reformadores* armados los unos contra los otros y acusándose mutuamente de deslealtad, acusacion en que no mienten; hélos ahí en el torneo de la impiedad: aquí es Carlostadio, que asesinó el alma de los niños arrebatándoles la vida del Bautismo;

allí Munzer, el furioso nivelador, encontrando en el Evangelio falsificado la ley del robo, la confusion de lo tuyo y de lo mio y la antigua utopia de la division de las tierras; acá es Juan de Leyden, el histrion profeta, predicando la comunidad de todo, incluso las mujeres, obra maestra de Satán, que remeda en sí mismo la dignidad real, el sacerdocio y hasta el martirio; allá á Zuinglio, el loco austero, cuyo plan se apropiará Calvino.... ¿Pero qué importan sus nombres? Son la hipocresía, la blasfemia, el pillaje, el saqueo, la concupiscencia; son el tiempo usurpando su puesto á la eternidad; el abuso de grandes palabras para encubrir la torpeza de los hombres y la ignominia de las cosas; es la *Reforma* teñida de vino y de sangre, la lepra disfrazada de panacea.

»Los turcos no engañan á nadie, los turcos son bárbaros, engañados, es cierto, por un falso profeta, pero no han renegado de nada. Lutero, Carlostadio, Munzer, Zuinglio, Juan de Leyden, conocian á Jesús, y han hecho traicion á Jesús; le han vendido por su interés y sus pasiones, por su sed inmoderada de mando, fama, placeres; se han erigido volun-

tariamente en apóstoles del orgullo, en ministros del enemigo de los hombres.

»Así Satán se goza y se burla, y en medio de tanto horror óyense sus siniestras carcajadas, que recuerdan los días en que el Bajo-Imperio se mofaba de su propia agonía. Cristian hace de su barbero un prelado. Enrique VIII, galanteador del cadalso ante dos de sus reinas asesinadas, todavía tiene tiempo para ser también reformador y escribir libelos donde apellida prostituta á Roma, porque Roma no se presta á declarar limpio su lecho nupcial por él ensangrentado y prostituido.

»Y todos son del mismo jaez; cada cual de los reformadores acusa á la Iglesia del crimen ó de los crímenes en que él mismo ha incurrido de una manera evidente.

»El génio del mal arrastra al bien al pretorio con clamores de indignación. El asesino inculpa á su víctima, el ladrón se queja de aquel á quien roba. Judas denuncia la traición, Enrique VIII se escandaliza.

»Este, antiguo *defensor de la fe* (1), moja

(1) Enrique VIII, antes de apostatar, honrábase con el título de *defensor fidei* que Roma le había

su pluma en la sangre de mujeres y Sacerdotes, y forjando calumnias, descansa de su trabajo de verdugo.

»¿Es esto todo? Pluguiera á Dios que sí. Nosotros estamos en Francia, y hé ahí á París que se estiende bajo nuestros piés. La hija primogénita de la Iglesia, ¿socorrerá con su valiente brazo á su Madre, amenazada por todas partes? Es posible. Yo lo espero.

»Mas vosotros, como yo, frecuentais esta magnífica Universidad de París, honor de las ciencias, orgullo de las letras; y de seguro habreis temblado como yo al escuchar esos rumores, tímidos por ahora, semejantes en lo agudos y furtivos al silbido de la serpiente bajo la yerba, y que acrecentándose de año en año, parécense ya á aquellas voces amenazadoras que suenan en la atmósfera cuando está vecina la tempestad.

»Cierto que no se ha llegado aquí á la horrible vergüenza confesada por los sectarios del otro lado del Rhin. París no puede ser una pocilga de energúmenos, y la comedia bufa de

conferido, y que todavía conservan los reyes de Inglaterra.